

LA SEMANA

ILUSTRADA

NÚMERO

ALMA-

NAQUE

1909

10 CENTIMOS



Rosario Soler.

(Fot. Alfonso.)

ENERO

- ☾ Luna llena el 6. ☽ Cuarto menguante el 14.
☾ Luna nueva el 21. ☽ Cuarto creciente el 28.

1 V	CIRCUNCIÓN DEL SEÑOR.	16 S	San Fulgencio y Santa Priscila.
2 S	Stos. Espiridión e Isidoro.	17 D	San Antonio.
3 D	San Daniel.	18 L	San Leonardo y Santa Prisca.
4 L	San Rigoberto.	19 M	Stos. Canuto y Maric.
5 M	San Telesforo.	20 M	Stos. Fabián y Sebastián.
6 M	ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES.	21 J	San Fructuoso.
7 J	San Julián.	22 V	Stos. Anastasio y Vicente.
8 V	Stos. Luciano y Teófilo.	23 S	San Ildefonso.
9 S	Santa Basilisa.	24 D	San Tirso.
10 D	San Nicanor.	25 L	Santa Elvira.
11 L	San Higinio y Santa Honorata.	26 M	San Policarpo y Santa Paula.
12 M	San Alfredo.	27 M	San Juan Crisóstomo.
13 M	Santa Verónica y San Gumersindo.	28 J	Stos. Cirilo y Julián.
14 J	San Hilario y Santa Macrina.	29 V	San Francisco de Sales.
15 V	Stos. Pablo y Mauro.	30 S	San Félix.
		31 D	San Pedro Nolasco.



FANTASÍA ESCARLATA

El divino reir de las huries
tienen tus labios de coral; los míos
están desde aquel ósculo tan fríos,
que se han muerto sus tintas carmesies.

Arden rojos los tuyos cuando ríes
y cuando esquivas muestras tus desvíos
y es porque llevan en su tez los bríos
que llevan en su entraña los rubíes.

Tienen mis labios el color quebrado
como el carmín del traje descuidado
del botón de una reina enamorada;

y el color de los tuyos, tanta vida
como el rojo vibrante de una herida
donde acaban de dar la puñalada.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.

La Semana Ilustrada

UNICO PRECIO DE SUSCRIPCION: 50 CENTIMOS AL MES EN TODA ESPAÑA

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

Año III.

Madrid, sábado 2 de Enero de 1909.

Núm. 88.

CUENTO DE AÑO NUEVO

USPENSKY

Al terminar las fiestas de Noel, durante un baile, nos hallábamos cenando en un saloncito reservado á los fumadores y algo apartado del bullicio de la fiesta, una mujer bonita, amiga de divertirse y que había enviado á su vetusto marido á jugar á las cartas, una joven provinciana, que no hacía más que sonreír, y nosotros cuatro.

Dos hacían la corte á la mujer bonita, el doctor estaba sentado al lado de la joven, y yo comía. Esta era, sobre poco más ó menos, la disposición en que estábamos. La mujer bonita discutía alegremente con sus dos galanes acerca del *csárdás* (1) y afirmaba que prefería con mucho el *friss* (2) al *lassú* (3) demasiado majestuoso y solemne para su temperamento apasionado; aun en el mismo *friss*, lo que principalmente le entusiasmaba era el *resgo* (4).

Bailándolo, parecía que todo su ser se desvanecía por completo en medio de la embriaguez de la música. «Quisiera morir bailando el *resgo*!» exclamaba, levantando al mismo tiempo una copa de *champagne*. Y como en aquel mismo instante apartase respetuosamente la cortina de la entrada el célebre Radich, el joven y hermoso *primás* (5) preguntando con una mirada si querían que tocara algo, ella le alargó su copa en un arranque de entusiasmo y le dijo al mismo tiempo:

—Ya sabes que sí! ¡Toca mi melodía favorita!

- (1) Baile nacional húngaro.
- (2) Segunda parte del *csárdás*, de movimiento muy animado.
- (3) Primera parte del *csárdás*, de movimiento lento ó pausado.
- (4) Modo de bailar el *csárdás*, en el que parece que todo el cuerpo se siente animado por un movimiento febril.
- (5) Jefe y primer violín de la orquesta de los gitanos.

El gitano (6) saludo con un ademán, apuró la copa y la colocó en seguida discretamente en una mesita de servicio. Después empezó á tocar la melodía que le acababan de pedir. Era la melancólica canción:

Befujta az utat a hó...

Acompañábanle cuatro gitanos colocados detrás de la puerta entreabierta. Radich, con los ojos fijos en la dama, iba aproximándose imperceptiblemente á la mesa, y cuando estuvo muy cerca de ella, apartóse silenciosamente uno de los caballeros, para dejarle sitio. Inclínose al oído de la dama, la cual á su vez inclinó ligeramente la cabeza sobre el violín hasta el punto de que casi rozaban con las cuerdas sus cabellos. Como verdaderos húngaros nos pusimos tristes. Hacía ya algunos minutos que el gitano se había retirado y todavía permanecíamos mudos mientras que la bella dama seguía sumergida en voluptuoso ensueño. Al fin se despertó, y volviéndose á la joven, á la que su acompañante no había dicho una palabra en toda la noche, exclamó con forzada alegría:

—¡Pobre muchacha, para ser este el primer baile á que asistes, debes fastidiarte de lo lindo! ¿No te hace, pues, la corte ese horrible doctor?

Y observando que este último buscaba con la vista un cigarro, se apoderó de un enorme *López flor*, único que quedaba en la mesa y se lo mostró diciéndole al mismo tiempo:

(6) Estos gitanos artistas tienen más del tipo de *Preciosa* que inmortalizó Cervantes en *La Gitanilla* que del vulgar gitano que tanto abunda en algunas comarcas españolas consagrado especialmente al chalanco, á la fabricación de objetos de mimbreros, etc.—(Notas del traductor.)

—Tenga usted un poco de paciencia, doctor; puesto que es usted tan fastidioso y no hace la corte á esa pobre niña, no se lo daré hasta que haya hecho penitencia y nos haya contado algo divertido.

El doctor sonrió. Aquel hombre tranquilo, de mirada cícica y ademán perezoso, era un médico de desafíos muy conocido. Era tan indolente que sus amigos tenían la costumbre de llevar, por él, la cuenta de sus duelos.

El día antes había asistido al que hacía el número trescientos veintiséis. En su rostro de abultadas facciones y tez descolorida no había nada interesante, á no ser sus acerados ojos. Eran éstos los ojos grises de mirada más fría que pue la imaginarse; á fuerza de haber visto tantas veces la muerte estaban como empañados.

Mirarlos, equivalía á mirar el agua estancada de una profunda charca. Las mujeres tenían instintivamente miedo de él, pero buscaban su conversación impulsadas por la curiosidad.

Era un buen camarada y excelente médico. De los placeres de la vida sólo había conservado la afición á los buenos cigarros. Sus ojos habían centelleado al ver el tabaco.

—¡Pues bien! ¿Qué quiere usted que cuente?

—Lo que usted quiera; cuente usted algo interesante, romántico, una historia de desafío, algo extraordinario.

—¡Haré por usted el mayor sacrificio que puedo hacer, que es no bailar *csárdás*! (En aquel instante empezaban los gitanos los primeros compases del gran *csárdás* que seguía á la cena.)—¿No es verdad Ilona, que tú tampoco bailas?

—Claro que no bailaba, puesto que no tenía pareja.

Sin hacer el menor movimiento, el doctor fijó un instante su mirada en un ángulo de la habitación y empezó del modo siguiente:

II

—Hace seis ú ocho años fui-

mos, durante el estío, algunos camaradas á hacer una gran excursión á los Cárpatos. Era para nosotros una felicidad el huir de la atmósfera fénica del anfitrío para ir á gozar las perfumadas emanaciones de los pinos en las estaciones balnearias de las montañas. Un día, dejando á mis compañeros que se divirtiesen en Barfá, pasé la frontera cerca del viejo castillo de Iboró, é hice una excursión á los baños polacos de Krinitza. Llegué de noche con mi abominable carruaje, en el que hasta los clavos eran de madera.

Aunque me encontraba completamente molido por el traqueteo del vehículo, quedé maravillado al contemplar aquel magnífico paisaje montañoso. Junto á unas miserables cabinas de donde salían, como negros insectos, sordidos judíos polacos, ví espléndidos hoteles y *restaurants* modernos de gusto tirolés. Acababan de dar las ocho, y huyendo del aire que iba refrescando, volvían del paseo algunos enfermos arrebujados en sus mantas y abrigos. De pronto, sin saber al principio de dónde salían, oí los acordes de una de esas marchas polacas de ritmo vibrante, á cuyos sonos parece que se inyectan las venas de las sienes y que laten á impulsos de la fiebre de la música. Miré en torno mío y ví profusamente iluminadas las ventanas del salón del Casino. «¡Hombre! dije para mí: ¿con qué h y baile hoy? Pues vamos allá.» Cambié rápidamente de traje y, presentándome á un primer teniente de hulanos, guapo mozo rubio, que parecía ser miembro del comité, entré en el salón. Ofre-

cióse á mi vista un espectáculo encantador: se trataba de un baile polaco. No creo haber visto en mi vida tantas mujeres hermosas juntas. Casi todos los concurrentes llevaban el traje nacional: las señoras la *chopka* de armiño y el justillo de terciopelo, y los hombres la chaquetilla de mangas abiertas, los pantalones anchos, las botas amarillentas armadas de espuelas y el sable al lado. Mezclados con ellos andaban esos encantadores oficiales de hulanos, que hablan el francés con tan gracioso acento y que habían accedido á todo el correr de sus caballos á fin de hacer sonar sus espuelas al compás de la gran mazurka.

Había también allí estudiantes de Cracovia que, con la copa en la mano, fraternizaban con los de Varsovia. En la atmósfera, casi paritense, de aquella sala de baile palpaba, como un grito de guerra, la marcha romántica polaca; los hombres golpeaban rítmicamente el pavimento con sus pies y hasta algunas doncellas, en cuyo alabastrino rostro brillaba el ligero rubor producido por el entusiasmo; llevaban también el compás con el talón de sus botitas amarillentas guardadas con herrezuelos de oro.

Como todas las reuniones polacas, aquel baile tenía cierto aire revolucionario; en las butacas del fondo lucían sus pesados *cajones* de brocado los viejos nobles de Varsovia, que fruncían las cejas con aire sombrío y cuyas largas barbas casi se confundían formando como un solo río de canosas hebras, cuando se inclinaban unos hacia otros para hablar de la

En la doble plana central, á todo color, del número próximo:

El cuadro de las Meninas

antiguamente llamado de «La Familia». Esta es la obra más famosa del célebre pintor D. Diego Velázquez de Silva.

FEBRERO

- ☉ Luna llena el 5. ☾ Cuarto menguante el 13.
☾ Luna nueva el 20. ☽ Cuarto creciente el 27.

1 L	Santos Ignacio y Cecilio.	15 L	Santos Faustino y Jovita.
2 M	PURIF. DE NUESTRA SEÑORA.	16 M	San Julián y Santa Juliana.
3 M	Stos. Blas y Ocar.	17 M	Stos. Rómulo y Pedro.
4 J	San Andrés y Santa Juana.	18 J	Stos. Simeón y Eladio.
5 V	San Avito y Santa Agueda.	19 V	Stos. Alvaro y Conrado.
6 S	San Silvano.	20 S	Stos. Nemesio y Eluterio.
7 D	Stos. Romualdo y Ricardo.	21 D	San Maximiano.
8 L	San Juan de Mata.	22 L	La Cátedra de San Pedro.
9 M	San Facundo y Santa Polonia.	23 M	Stos. Pedro y Damián de Ceniza.
10 M	San Guillermo.	24 M	San Matías.
11 J	Stos. Lázaro y Jonás.	25 J	San Alejandro.
12 V	Santa Eulalia.	26 V	Stos. Leandro y Baldomero.
13 S	San Benigno y Santa Catalina.	27 S	San Román.
14 D	Stos. Valentín y Julián.	28 D	



ARISTOCRACIA

Yo no desciendo de Al Raschid, ni admiro la torre de marfil del estilista, y en mi sangre pausada no palpita ni rancio azul ni púrpura de Tiro.

Ni me siento á la sombra, ni deliro en pos de un ideal que no me incita, ni amo á Cayo Petronio, el sibarita, ni me arrastra el filósofo estagiario.

Ni voy á señalaros una senda, como Cristo-Jesús, el Galileo, ni voy á acompañaros á la ofrenda;

quiero hundirme una noche en el Leteo, presenciar desde un monte la contienda y seguir lentamente mi paseo.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.



Emerita Esparza.

(Fot. Alfonso.)

MARZO

- ☉ Luna llena el 7. ☾ Cuarto menguante el 15.
☽ Luna nueva el 21. ☾ Cuarto creciente el 28.

1 L	Santos Rosendo y Herculano.	16 M	Santos Heriberto y Agapito.
2 M	San Simplicio.	17 M	San Patricio.
3 M	Stos. Celedonio y Medin.	18 J	San Gabriel Arcángel.
4 J	San Casimiro.	19 V	San José.
5 V	San Eusebio.	20 S	Stos. Niceto y Arquipo.
6 S	San Olegario.	21 D	San Benito.
7 D	Santo Tomás de Aquino.	22 L	San Deogracias.
8 L	San Juan de Dios.	23 M	San Victoriano.
9 M	Stos. Paciano y Cirilo.	24 M	San Agapito y Santa Catalina.
10 M	Stos. Melitón y Marcario.	25 J	ANUN. DE NUESTRA SEÑORA.
11 J	San Constantino.	26 V	San Braulio.
12 V	San Gregorio.	27 S	San Ruperto.
13 S	San Ramiro y Santa Pluvia.	28 D	de Pasión y San Timoteo.
14 D	San Afrodísio.	29 L	San Eustasio.
15 L	San Raimundo y Santa Lucrecia.	30 M	San Pastor.
		31 M	San Amós.



A la cita con doña Sol.

He traspuesto los montes castellanos
y las hoscas llanuras enrasadas,
y he rendido, por verte, en tres jornadas,
quince robustos potros jerezanos.

Atónitos observan los villanos
mi terco galopar por sus yugadas;
van, junto al cuello del corcel, crispadas,
sueitas las riendas en la crin, mis manos,

Dos rígidos y largos gavilanes
tiene mi espada puestos en el pomo,
cruzando el cazolín, según se estila;

sufren también de verte los afanes,
y á la taza se asoman, cual me asomo
al remanso de amor de tu pupila.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.



Lulú Cheray.

(Fot. Alfonso.)

ABRIL

- ☉ Luna llena el 5. ☾ Cuarto menguante el 13.
☾ Luna nueva el 20. ☾ Cuarto creciente el 27.

1 J	San Venancio y Santa Teodora.	16 V	Santo Toribio y Santa Engracia.
2 V	San Francisco Paula.	17 S	Stos. Aniceto y Elías.
3 S	Stos. Ricardo y Benito.	18 D	Stos. Eleuterio y Apolonio.
4 D	de Ramos. Santa Clotilde.	19 L	San Cayo y Santa Inés.
5 L	San Vicente Ferrer.	20 M	San Cesáreo.
6 M	Stos. Celestino y Guillermino.	21 M	San Anselmo.
7 M	San Ciriaco.	22 J	Stos. Teodoro y Sotero.
8 J	SANTO. San Alberto.	23 V	Sto. Jorge y Adalberto.
9 V	SANTO. San Marcelo.	24 S	Santas Bona y Doda.
10 S	SANTO. San Ezequiel.	25 D	Stos. Marcos y Filón.
11 D	PASCUA DE RESURRECCIÓN.	26 L	Stos. Cleto y Marcelino.
12 L	San Víctor.	27 M	Stos. Anastasio y Pedro Alcántara.
13 M	San Hermenegildo.	28 M	San Prudencio.
14 M	Santos Telmo y Tiburcio.	29 J	San Pedro.
15 J	Santas Anastasia y Basilisa.	30 V	San Pelegrín.



LA VIDA TRISTE

Mira que es triste cosa, Filis mía,
el vivir que llevamos los poetas:
sentir las alas, y tener sujetas
las plantas siempre por la tierra fría.

Cantar la noche cuando reina el día,
nimbar de luz la faz de las Musetas,
y trocar el *spleen* de las coquetas
en el dolor inmenso de María.

Damos perfume y luz como un pebete
aplicado á la lumbre de un cohete;
perfume y luz que producir nos daña.

Y al final del banquete de la vida,
un brindis y una lágrima vertida
sobre la blanca espuma del Champaña.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.

«Estrella sangrienta de Ostro-leukia».

Mi amable teniente me iba nombrando con la mayor obsequiosidad á todos los personajes. Mis ojos estaban como embriagados al contemplar aquel extraño lujo asiático. De pronto me fijé en un personaje extraordinario. Estaba sentado en el fondo de la sala, cerca del puesto de honor, en un carrito inglés de tres ruedas. Era un anciano enjuto, de aire marcial, de cabellera hirsuta, espesa y blanca, de barba ruda y nevada, de orgullosa nariz aguileña y de labios sensuales que temblaban sin cesar. Su rostro estaba encendido, apoplético. Podría tener como sesenta años, pero luchaba enérgicamente contra la vejez y no debía hacer muchos años que le tenía clavado en aquel sillón de enfermo la terrible é incurable gota. Nunca, ni antes ni después, he visto ojos semejantes á los suyos.

Aquel terrible personaje contemplaba al público del baile con la misma mirada que un rey hubiera lanzado á sus súbditos rebeldes. En un museo de pinturas extranjero recuerdo haber visto una vez un retrato cándidamente aterrador, el del último gran duque de Moscú, Iván IV Crozny, Iván el terrible, con corona bizantina y una espada ensangrentada en cada mano.

En aquel momento recordé involuntariamente dicho retrato. Era absolutamente el mismo tipo... De pronto, el anciano se incorporó nerviosamente en su carrito; el lacayo que estaba detrás le ayudó temblando; con sus ojos de águila buscaba á alguien entre los jóvenes que acababan de elegir puesto para la gran mazurka. Seguí la dirección de su mirada y ví que se fijaba en una mujer, casi una niña, de rostro de flor, que daba el brazo á un oficial de hulanos, precisamente el primer teniente con quien yo había hecho conocimiento.

Del hombre de aquel gallardo oficial rubio pendía un enorme lazo; sin duda era el director del baile. ¿Pero quién era aquella mujer en la que se fijaba insistentemente la mirada del terrible anciano? ¿Acaso su hija... En aquel instante empezaron á temblar la barba y los labios del viejo tirano... ¿su hija? ¡Jamás! Aquella joven era su esposa á la que debía amar con todo su ardor despótico y de la que debía estar horriblemente celoso. Volvíme hacia un estudiante de Varsovia, de tez lechosa, que miró asombrado y me dijo en francés: «Es el conde Estanislao Uspensky.»

En diez minutos estuve al corriente de toda su historia. El conde Estanislao Uspensky era

el campeón secreto de la Polonia vencida. Su familia era de origen ruso, pero habiendo caído su padre en desgracia, el abuelo del conde, en tiempo del zar Pablo, pasó á Polonia. El nieto, aquel viejo marcial, había consagrado toda su vida al culto de su nueva patria y también al del amor, y había tenido con las mujeres un éxito fabuloso.

El estudiante me explicó á media voz, misteriosamente, que hasta había tenido por amante á una reina.

Año y medio antes, ó sea cuando ya contaba cincuenta y nueve años, había acabado por casarse y había escogido por esposa á la doncella más linda de Cracovia, hija de un comerciante de origen plebeyo; ¡pardiez! he olvidado su apellido, pero creo que tenía por nombre Katia.

Estaba contemplando largo rato á aquel hombre extraño, y en su atormentado rostro leí el doloroso estado de su alma.

¿Aquel conquistador vanidoso había sido vencido y destrozado por la misma enfermedad que marchita á las mujeres hermosas que empiezan á envejecer. Llenábase de desesperación al pensar que su fuerza de seducción sobre las mujeres pudiese decaer y esta idea fija le impulsaba sin cesar á querer poner á prueba dicha fuerza.

Su pasión de conquistador violento le había movido, á su edad, á atreverse á casarse con una angelical niña de dieciocho años.

En su orgullo tiránico, había querido demostrar al mundo que había tenido osadía para ello y que era aún tan valiente como el que más.

Allí, en medio del baile, su rostro inflamado por la pasión parec á un furioso desafío á todos los jóvenes, como diciéndoles: «Ahí tenéis á mi mujer, yo mismo os la traigo; ¡jeal! ¿quién es el Don Juan que se atrevería á quitármela? ¡Adelante, caballeros!»

En aquel momento empezaron á sonar acordes caballerescos y voluptuosamente palpitantes que servían de preludio al baile más hermoso del mundo, á la gran mazurka. Las precipitadas ondas de aquella melodía nerviosa iban apoderándose de todas las almas; hasta los viejos gruñones de barba blanca parecían estimular la música con sus taconazos en que vibraba como cierto sentimiento de pesar.

En medio acababa de romper el baile, abandonándose á él con ondulante movimiento, la más hermosa pareja que ha podido ver en mi vida; formabanla la condesa de rostro de flor y el esbelto teniente de hulanos.

Serio y noble como un héroe llevaba el joven de la mano á su pareja á alguna distancia, con cierta tiesura, y se lanzaba con ella á aquel paso de mazurka que era á la vez suave como una onda y elástico como una hoja acerada... La *untanka* ceñía gallardamente su talle majestuoso que parecía fundido en bronce.

En el ardor del baile sus pies llevaban el compás con la noble elegancia con que piafa un potro fogoso.

Su hermosa pareja se deslizaba á su lado como una aparición sobrenatural y su blanco velo flotaba, á manera de nube, tras su *tehpaka* de armiño... A veces se miraban y durante estas miradas me echaba yo á temblar por ellos. Las demás parejas lanzábanse en su seguimiento como ejército ordenado en batalla.

Al terminar cada una de las figuras ó pasos, los hombres bajaban con sus tacones el *ho ubiecs* tumultuosamente, y empezaba á difundirse por el baile cierta embriaguez entusiasmada. Pero mis ojos no tenían miradas sino para la hermosa pareja. Seguí siempre bailando en primer término, y como si hubiesen logrado ya rebasar los límites de la existencia terrestre, parecían espiritualizados en medio de su éxtasis.

Sonreíanse mutuamente y al dar la vuelta él la estrechaba apasionadamente con su brazo y ella cerraba los ojos como una mujer que no está acostumbrada á la felicidad.

De cuando en cuando echaba ya una mirada al viejo conde, cuyo despiadado rostro no dejaba de observar y atisbar. Parecía como un cazador furtivo de mano certera que está en acecho. ¿Acaso se conocieron antes el hulano y Katia? me preguntaba á mí mismo. Acaso amaba hace ya tiempo la hermosa joven al brillante oficial y lo ve hoy por primera vez después de su matrimonio forzado con ese gran señor. A pesar del peligro, parecía que en medio de la excitación de la mazurka, lo mismo que nuestro *esdrúks*, no pueden bailar bien sino los enamorados.

«¡Sólo los enamorados pueden bailar así!» murmuraba por lo bajo en francés un viejo noble polaco. Y en verdad, como si Dios los hubiese criado uno para otro, se completaban de tal modo que á su vista dejaba de sonreír el Don Juan más envidioso.

Pasaron á mi lado, y entre el ruido que hacían las espuelas del hulano oí á la joven murmurar estas palabras en francés: «¡Uladislao, amor mío...» La condesa estaba seria como sólo pueden estarlo las grandes

enamoradas para quienes su amor es cuestión de vida ó muerte. Su rostro estaba pálido y parecía como velado por una ligera sombra presaga de la desgracia.

Habíase formado en torno de ambos un círculo de curiosos y yo volví á echar una mirada al fondo del salón.

Estanislao Uspensky se había quedado solo con su criado y agitaba su rostro el dolor de la impotencia, pues á causa de la multitud no podía seguir vigilando á su esposa. Su cuerpo de tirano parecía pronto á emprenderla á puntapiés con todos y visiblemente se iba apoderando del viejo Don Juan un fatal ese sentimiento. Comprendía que se acercaba su fin y que iban á arrebatarle su esposa. Dos señoras polacas que hablaban justamente de este secreto á voces, decían: «Pobre Katia; ¡qué felicidad para ella que no pueda verla el viejo tirano! ¿Cómo deba disfrutar en estos breves instantes!»

Pero en aquel momento sonó en el salón un ruido espantoso, como el rotar de una batería, que dominó las suaves notas de la mazurka. El criado, pálido y jadeante, empujaba al galope el pesado carrito inglés con dirección al centro del baile.

«¡Empujal! ¡empujal!» bramaba con voz ronca el conde Estanislao Uspensky. Ya nos harían sitio. Y en efecto, una vez que hubieron hecho rodar por el suelo á dos estudiantes de Varsovia, la multitud de hombres y mujeres abrió paso. ¿Qué iba á pasar allí? «¡Empujal! ¡empujal!» continuaba gritando en medio de terribles juramentos el anciano, que se había puesto pálido como la cera, al criado jadeante y sudoroso. Y el sillón del enfermo se precipitaba al encuentro de la condesa y de Uladislao.

Una parte de los que bailaban se detuvo y las señoras se refugiaron tímidamente al abrigo de sus parejas, sonaron algunos compases más, pero al fin se apagó la música y reinó un silencio de muerte. Algunos señores ancianos dirigiéronse al conde con aire descontento, pero los que se encontraban más cerca de él no se atrevían á proferir una palabra. Yo fijé mi mirada en Katia.

Cubierta de mortal palidez, quedó algunos instantes sin movimiento, y luego, instintivamente se apegó á su pareja que, anhelante aún por la agitación de la mazurka, se erguía ante el marido como una estatua de bronce.

Después de haber reflexionado el paso que iba á dar, rodeó lentamente con su brazo á la joven como para protegerla. Después miró al conde de hito

en hito con cierta especie de antiguo odio.

Aquello estaba muy claro y no necesitaba explicación. Estanislao Uspensky, jurando con voz ronca, se incorporó en su asiento é hizo seña al criado de que le acercase más. El hulano, en presencia de aquel anciano impedido, juzgó indigno hacer el menor movimiento y se limitó á contemplar con aire glacial los inútiles esfuerzos del desgraciado. Sin embargo, no lo fué tanto como era de esperar.

Con fuerza sobrehumana se irguió cuan alto era y después, perdiendo el equilibrio, cayó hacia adelante, pero al caer logró abofetear violentamente al oficial. Los dos hombres se vieron en seguida rodeados por la multitud del baile como por una marea... Yo estaba ya fuera, pero oí que me llamaban y vi precipitarse á mi encuentro á un cadete de hulanos.

«¿Es usted médico?» me preguntó.

«Sí, señor.

«Ruego á usted que, en calidad de tal, tenga la bondad de asistir á mi amigo Uladislao.

Acababa de quedarme dormido, cuando entró á buscarme el cadete. Serían próximamente las tres de la madrugada. Las ventanas del Casino estaban sombrías y silenciosas; los rayos de la luna se deslizaban como largos dedos pálidos por el fatal pavimento. Apresuramos el paso á través de las calles de la pequeña población, sin poder yo adivinar á dónde me conducían: atravesamos el parque de pinos, donde se sentía un frío relente y ya me iba cansando aquella caminata por el bosque, cuando llegamos á un claro del mismo. De los matorrales de brezos se alzaban vapores extraños que, á la luz de la luna, tomaban aspecto de ondulantes fantasmas, casi de *rusalkas*.

Ya estaban allí, junto al tronco de un árbol, el primer teniente con el otro testigo. En medio de la indecisa claridad del alba lanzaban fugitivos destellos los botones de su uniforme. Quitóse el sable... Enfrente de él, á veinte pasos de distancia, divisé tres siluetas negras y un bulto informe y recio, encima del cual se distinguía una cosa blanca.

Era Estanislao Uspensky en su carrito de enfermo. Arrojó su toca ó gorro sobre las espesas *brusnitsas* y se enderezó en su asiento. Lleváronme á donde se encontraba y me presentaron á él.

El orgulloso señor tuteaba á todo el mundo, y hasta creo que me tuteó á mí mismo, como hubiera podido hacerlo algún kar

MAYO

- ☉ Luna llena el 5 ☾ Cuarto menguante el 12.
☾ Luna nueva el 19. ☽ Cuarto creciente el 27.

1 S	Santos Felipe y Segismundo.	16 D	San Honorato y Santa Maxima.
2 D	San Anastasio.	17 L	San Pascual Bailón.
3 L	San Alejandro.	18 M	San Venancio y Santa Claudia.
4 M	San Froilán y Santa Mónica.	19 M	San Celestino.
5 M	San Pío V.	20 J	ASCENSIÓN DEL SEÑOR.
6 J	San Juan A. P.	21 V	Santa Virginia.
7 V	San Estanislao.	22 S	Santas Rita y Julia.
8 S	San Acasio.	23 D	San Basileo.
9 D	San Gregorio.	24 L	Santa Susana.
10 L	San Antonio y Santa Beatriz.	25 M	San Urbano y Santa Magdalena.
11 M	Santos Evelio y Eudaldo.	26 M	San Felipe Neri.
12 M	San Pancracio y Santa Electa.	27 J	San Julio y Santa Restituta.
13 J	San Pedro Regalado.	28 V	San Germán.
14 V	San Bonifacio y Santa Justa.	29 S	San Maximino.
15 S	Santos Isidro y Simplicio.	30 D	PASCUA DE PENTECOSTÉS.
		31 L	San Lamentio.



La corte de los ingenios.

Van mendigos y hampones al rodeo, tomando el sol, los héroes marciales, Rana y la Calderón á sus corrales, Espinola y Velázquez de paseo.

Diez hidalgos escuchan el ceceo con que esmalta en cadencias musicales Góngora el cordobés sus madrigales, ramilletes en flor de galanteo.

Mira atento Gil Blas de Santillana cómo la preza del gran Villamediana saluda al paso á la arrogancia fiera

de los recios bigotes militares que acerca el Conde Duque de Olivares al blasón del cristal de su litera.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.



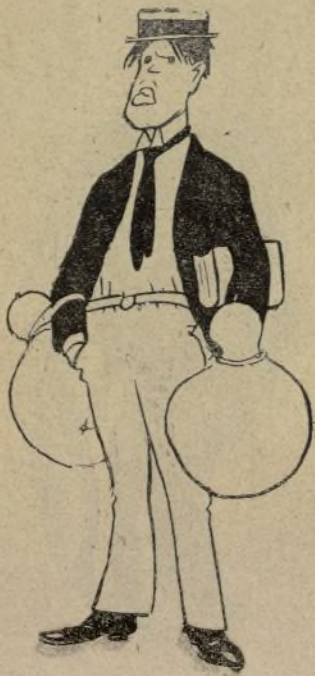
Garmen Andrés.

(Fot. Alfonso.)

JUNIO

- ☉ Luna llena el 4. ☾ Cuarto menguante el 11.
☽ Luna nueva el 17. ☽ Cuarto creciente el 25.

1 M	Stos. Segundo y Siméon.	16 M	San Quirico y Santa Justina.
2 M	Santos Marcelino y Erasmo.	17 J	Stos. Ismael y Manuel.
3 J	San Isaac y Santa Clotilde.	18 V	Santa Paula.
4 V	San Quirico.	19 S	San Gervasio.
5 S	Santa Valeria y San Bonifacio.	20 D	Stos. Silverio y Maric
6 D	San Norberto y Santa Cándida.	21 L	Stos. Luis G. y Peladio.
7 L	San Jeremías.	22 M	Stos. Paulino y Acacio.
8 M	Stos. Medrardo y Victoriano.	23 M	San Zenón y Santa Agripina.
9 M	San Feliciano.	24 J	NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA.
10 J	CORPUS CHRISTI.	25 V	Stos. Guillermo y Próspero.
11 V	San Bernabé.	26 S	San Pelayo.
12 S	Stos. Onofre y Juan.	27 D	San Ladislao.
13 D	San Antonio Padua.		
14 L	La Santísima Trinidad.	28 L	San Benigno.
15 M	Stos. Vito y Modesto.	29 M	Stos. PEDRO Y PABLO
		30 M	San Melitón.



El madrigal del vencido.

Fuí con Don Sancho á Uclés, y he visto rota la flor de las leyendas castellanas, y han chafado las armas mahometanas la urdimbre milanese de mi cota.

Ni en Uclés fué tan dura mi derrota como lo ha sido al pie de tus ventanas, ni me arredran las lanzas africanas como el desdén que en tus pupilas flota.

Y he de ofrecerte de tu triunfo en prenda, por si llego al rescate con mi ofrenda, y así en tributo acabará mi duelo,

sacarme el corazón del coselete, prensarlo hasta teñirme el guantelete, y engarzarlo á un joyel de tu mantelo.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.



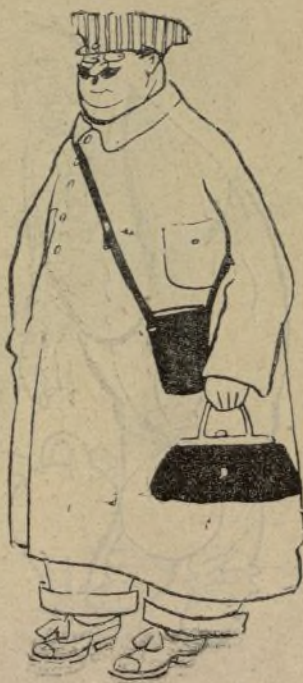
Antonia Sánchez Jiménez.

(Fot. Alfonso.)

JULIO

- ☾ Luna llena el 3. ☾ Cuarto menguante el 10.
☾ Luna nueva el 17. ☾ Cuarto creciente el 25.

1 J	San Galo y Santa Leonor.	16 V	Nuestra Señora del Carmen.
2 V	La Visitación de Nuestra Señora.	17 S	San Alejo.
3 S	Stos. Eulogio y Trifón.	18 D	San Federico.
4 D	San Laureano.	19 L	San Vicente de Paula.
5 L	San Miguel de los Santos.	20 M	Stos. Elías y Jerónimo.
6 M	San Isaias.	21 M	San Daniel y Santa Práxedes.
7 M	San Fermín.	22 J	Santa María Magdalena.
8 J	Stas. Eulalia e Isabel.	23 V	San Liborio.
9 V	Santa Anatolia.	24 S	Santa Cristina.
10 S	San Cristóbal y Santa Amalia.	25 D	SANTIAGO EL MAYOR.
11 D	San Sabino.	26 L	Santa Ana.
12 L	San Hilarión.	27 M	San Pantaleón.
13 M	San Anacleto y Santa Mirope.	28 M	San Celso.
14 M	San Buenaventura.	29 J	Santa Marta.
15 J	Stos. Enrique y Camilo.	30 V	Stos. Abdón y Senén.
		31 S	San Ignacio de Loyola.



MIRRA

Ni alcanzas con tu mano á mi copete
ni á bajar la cabeza me convengo,
ni aunque muriera de pasión me avengo
á que sirvan mis versos de pebete.

La frase te volví que compromete;
á mi lado, mujer, no te retengo,
porque en mi torre de marfil no tengo
posada para tí; bésame y vete.

Yo no puedo arrobarme ante los rayos
que despidan los ojos de mi dama;
puedo hacerte mi musa en mis ensayos

y, cuando crezca de mi altar la llama,
arrojarte á los piés de los caballos
que conduzcan el carro de mi fama.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.

«¿Tartaro al hablar con sus esclavos kirguises.

—¿Quién eres tú?—rugió.

Después, al verme más de cerca, añadió con cierta vaga cortesía:

—¡Ah! ¿es usted el médico de mi adversario?... Está bien.

Después me despidió con un gesto casi regio. Una de las siluetas negras murmuró algo á su oído. Uspensky soltó una carcajada.

—¿Cómo! ¿Dar algún recado para mi mujer en previsión de mi muerte? ¿Quién eres tú para atreverte á hablarme así? ¿Morir yo? Pues si voy á matarle como un...

Me alejé para no oír la palabra injuriosa dirigida á mi cliente.

Los testigos deliberaron por última vez.

—El conde no puede tenerse de pies; por consiguiente tiene que tirar sentado en su coche-cito.

El cadete mostraba alguna vacilación...

—¿Que tire como le de la gana! gritó Uladislao con desdenosa generosidad.

Colocaron enfrente á los ad-

versarios y en medio de la soledad del bosque se oyó al cadete gritar militarmente:

—¡Unal idos!

Las concavidades de las rocas repitieron con eco sordo la voz de mando.

Nunca olvidaré aquel momento. No podía separar mi vista de Uspensky, que se enderezó lentamente; parecía que había crecido su elevada estatura y, mientras apuntaba, se agarraba nerviosamente con su mano izquierda al brazo del sillón. En esto oímos dos pistoletazos que repitió indefinidamente el eco. El conde se inclinó de lado como un buen cazador que calcula las probabilidades de su tiro. Después se sonrió con visible satisfacción y, arrojando su pistola, dijo:

—¡Esto es hecho! Volvamos á casa, que es tarde...

Huírase dicho que había caído del cielo una fresilla roja sobre la frente altiva de Uladislao, violentamente echado hacia atrás. Con la rapidez vertiginosa del hombre herido de muerte en la frente, dió media vuelta, con un movimiento militar, conservando su posición

y cayó muerto sobre los brezos. Acudimos corriendo á él... Tenía en la mano izquierda una gran rosa que yo recordaba haber visto prendida en el justillo de la condesa y sobre su pecho se ostentaba con amorosa coquetería las estrellas del cotillón, que el joven oficial había dejado olvidadas.

Al día siguiente, al medio día, todos los que habían asistido al baile la noche anterior se paseaban por la explanada con una indiferencia verdaderamente polaca.

Al dirigirme yo apresuradamente á la habitación del cadete, divisé junto al gran surtidor de agua al conde Estanislao Uspensky en su carrito.

A su lado, y como encadenada en la picota, estaba sentada su esposa pálida como la muerte. Tenía la inmovilidad de las figuras de cera, y su mirada se perdía en el vacío. Vefase claramente que ya no era capaz de sentir. Pero la mirada del viejo tirano era orgullosa y parecía dirigirla en son de reto á los jóvenes que pasaban, como diciéndoles: «¡Aquí está mi mujer, señores, adelantel! ¿Quién

tiene ganas de quitármela? ¿A quién le toca ahora?

III

En el momento en que el doctor terminaba su historia, entró en el saloncillo el buen viejo, marido de la mujer bonita. Los dos galanes, que habían estado haciéndole la corte se separaron de su lado con extraño apresuramiento, y solicitaron

amigos á la vez de la joven provinciana que les concediese el próximo sábado.

El doctor encendió el enorme cigarro con perezosa voluptuosidad y se refugió en un rincón gozoso con pensar que iban á fin á dejarle solo.

Abandonada por sus dos galanes, la casada se agarró distraídamente á mi brazo.

Julio PEKÁR.

Desde el número próximo empezaremos á publicar en folletín encuadernable

LOS SECRETOS DEL JIU-JITSU

Conjunto de reglas defensivas y ofensivas para la lucha corporal.

Método originalísimo que ha hecho de los japoneses los adversarios más temibles del mundo.

Ilustrado con numerosas fotografías.

EL CALENDARIO A TRAVÉS DE LAS EPOCAS

Nadie puede dudar de la importancia y utilidad de la cronología. Sin ella, ¿qué fuera de los humanos? Ni la edad podría calcularse, ni tampoco regir la vida computando el futuro. Los seres racionales arrastraríamos la existencia de los vegetales, sólo cuando más aquella de la vida animal perteneciente á los seres inferiores, porque el espacio y el tiempo no existirían para nosotros.

El pasado sería algo muerto; el porvenir, mudo. Monótonamente sucederíanse los días sin vínculo alguno. Un inmenso fastidio abatiría el mundo, y poco á poco perderáse la noción de las cosas.

La ciencia cronológica se funda no más que en el movimiento de los astros. En todas épocas se atendió á la observación de los fenómenos celestes para reglar la división del año.

La tierra está inclinada sobre el plano de su órbita. Es esto lo que produce la diversidad de estaciones, según va estando más ó menos expuesta al calor del sol; excepto en el Ecuador, en donde existe una igualdad constante: doce horas de día y doce de noche.

Durante la revolución anual de la tierra, alumbra el sol diferentes constelaciones llamadas del zodiaco y que fueron

divididas en doce grupos de 30 grados cada uno ($12 \times 30 = 360$). Son símbolos que representan los meses y se llaman el carnero, el toro, los gemelos, el escorpión, el león, la virgen, la balanza, el cangrejo, la flecha, el capricornio, el acuario y los peces.

Antiguamente, para computar el tiempo, sólo se atendía á la noche y al día, á la luna y al sol.

Como estas medidas tenían que resultar defectuosas é imperfectas, pues los medios de observación eran muy deficientes, de aquí que no pudiera hacerse un buen calendario, vacilándose mucho, aun después que la humanidad salió de sus épocas prehistóricas.

Los caldeos, primeros observadores de los fenómenos celestes, tenían un calendario de trescientos sesenta y cinco días.

AGOSTO

☾ Cuarto menguante el 8.
☾ Cuarto creciente el 24.

☾ Luna nueva el 15.
☾ Luna llena el 31.

1 D San Nemesio.	16 L Santos Roque y Jacinto.
2 L Nuestra Señora de los Angeles.	17 M Stos. Liberato y Marcelo.
3 M San Esteban y Santa Lidia.	18 M San Agapito y Santa Elena.
4 M Santo Domingo de Guzmán.	19 J Stos. Magín y Mariano.
5 J Nuestra Señora de las Nieves.	20 V San Bernardo.
6 V Stos. Justo y Pastor.	21 S Santa Ciriaca.
7 S San Cayetano.	22 D San Joaquín.
8 D San Ciriaco.	23 L San Felipe Benicio.
9 L San Román.	24 M San Bartolomé.
10 M San Lorenzo.	25 M Stos. Ginés y Luis.
11 M Stas. Filomena y Susana.	26 J San Ceferino.
12 J Santa Clara.	27 V San José de Calasanz.
13 V Stos. Hipólito y Casiano.	28 S Stos. Agustín y Hermeto.
14 S San Eusebio.	29 D Degollación de San Juan Bautista.
15 D LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA	30 L Santa Rosa de Lima.
	31 M San Ramón Nonato.



SOY ESPAÑOL

Luzco del mundo en la gentil pavana,
junto al recio t halí de mi tizona,
una cruz escarlata que os abona
mi abolengo de estirpe castellana.

Llevo en los hombros ferreruelo grana,
guío el mostacho á usanza borgoñona
y mi blanca gorguera se almidona
bajo mi crespa cabellera cana.

Tengo cien lanzas combatiendo en Flandes,
mil siervos en la falda de los Andes,
calderas y pendón, horca y cuchillo;

un condado en la tierra montañesa,
un fraile confesor de la condesa,
diez corceles, cien pajes y un casilo

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.



Adelina Amorós.

(Fot. Alfonso.)

SEPTIEMBRE

☾ Cuarto menguante el 6. ☼ Luna nueva el 14.
☾ Cuarto creciente el 22. ☼ Luna llena el 29.

1 M	Santos Gil, Lupo y Arturo.	16 J	Santos Cipriano y Cornelio.
2 J	Stos. Antolín y Esteban.	17 V	San Pedro de Arbúes.
3 V	San Nonito y Santa Serapia.	18 S	Stos. Desiderio y Tomás.
4 S	Santa Rosalía.	19 D	San Jenaro.
5 D	San Rómulo.	20 L	San Eustaquio.
6 L	Stos. Fausto y Eugenio.	21 M	San Mateo y Santa Ildefonso.
7 M	San Augustal y Santa Regina.	22 M	Stos. Cándido y Mauricio.
8 M	NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.	23 J	San Lino y Sta. Tecla.
9 J	San Gorgonio.	24 V	NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.
10 V	San Nicolás de Tolentino.	25 S	Santa María de Cervelló.
11 S	San Jacinto.	26 D	San Cipriano.
12 D	San Valeriano.	27 L	Stos. Cosme y Damián.
13 L	San Eulogio.	28 M	San Wenceslao.
14 M	San General.	29 M	San Miguel Arcángel.
15 M	San Nicomedes.	30 J	San Jerónimo.



EL CRIMEN

Porque tú me desprecias, yo te adoro;
porque al ir á entregarte mi albedrío
me miraste, mostrándome el desvío
en tus pupilas de estameña y oro.

Porque aunque en fuego mi pincel co'oro,
mi canto siempre te parece frío;
porque cuando tú lloras me sonrío,
y cuando ríes me estremezco y lloro.

Yo quiero la mujer toda poes'ía,
cofre de rosa de perfumes lleno,
joyel grácil de luz y pedrería;

mas los aromas del placer ameno
hay que robarlos en la noche umbría,
como la fruta del cercado ajeno.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.



Candelaria Medina.

(Fot. Alfonso.)

OCTUBRE

☾ Cuarto menguante el 6. ☼ Luna nueva el 14.
☾ Cuarto creciente el 22. ☼ Luna llena el 28.

1	V	Santo Angel Custodio	16	S	Santa Adelaida.
2	S	Stos. Angeles.	17	D	Santa Eduvigis
3	D	San Cándido.			
4	L	San Francisco de Asís.	18	L	San Lucas.
5	M	San Froilán.	19	M	San Pedro de Alcántara.
6	M	Stos. Bruno y Emilio.	20	M	San Juan Clímaco y Santa Irene.
7	J	Stos. Marcos y Augusto.	21	J	Santa Ursula.
8	V	Santa Brígida.	22	V	San Felipe y Santa María Salomé.
9	S	San Dionisio y Santa Púbia.	23	S	San Servando.
10	D	San Francisco de Borja	24	D	San Rafael Arcángel
11	L	San Nicasio.	25	L	Stos. Crispín y Crispiniano.
12	M	Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.	26	M	San Evaristo.
13	M	San Eduardo.	27	M	San Vicente y Santa Sabina.
14	J	Stos. Calixto y Evaristo.	28	J	Sts. Simeón y Judas Tadeo.
15	V	Santa Teresa de Jesús.	29	V	San Narciso.
			30	S	San Claudio.
			31	D	San Quintín.



MARCHA TRIUNFAL

Ceñidos del laurel de los poetas
vuelven á la ciudad los vencedores,
pífanos resonando y atambores
entre el agrio balar de las trompetas.

Traen en las armas sanguinosas vetas,
rendidos los nerviosos trotadores,
el cinto sin venablos cortadores
y huecos los carcajes de saetas.

Está al balcón la greye femenina;
unas lucen guedejas como endrina
y otras son rubias como el oro fino.

Elas el premio son de la victoria,
y son todas amables cual la gloria
y firmes en su amor como el destino.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.

Los astrónomos caldeos fueron los que primeramente dividieron el día en veinticuatro horas: doce de noche y otras doce de día.

las proyecciones de la sombra, cuya longitud era variable cada día.

Señalando las diferentes posiciones, les fué dable conocer

fué encargado de reformar este calendario.

Sustrabajos entusiasmaron al pueblo, que decretó fuera inscrito el ciclo de Meton en letras de oro sobre los monumentos públicos.

En los primeros tiempos de la Roma antigua componíase el año de trescientos cuatro días divididos en diez meses, comenzándose por Marzo.

Numa añadió los dos nuevos meses de Enero y Febrero.

Reinando Julio César, el calendario era una confusión. Un astrónomo griego, de la escuela de Alejandría, el célebre Sosigeno, fué enviado á Roma con orden de reformarlo. Dispuso que el año constara de trescientos sesenta y cinco días y que cada cuatro años se añadiera un día al mes de Febrero.

Tal es el origen de nuestros años bisieptos. Esta reforma se llevó á cabo un año antes de la muerte de Julio César y Marco Antonio, el sucesor, por honrar su memoria, ordenó que el mes llamado *Quintilis*, llevara el nombre de Julio.

Augusto, que reinaba en Roma, decidió que el mes *Septilis* tomara su nombre: Augusto (el Agosto de nuestros días).

Había también los días fastos y nefastos determinados por los sacerdotes.

Los nefastos eran aquellos en que no se podía administrar justicia.

Habría también las fiestas fijas y las fiestas cuyas fechas determinaba el Pontífice. Cuarenta y cinco eran las fiestas fijas del año.

Los días de mercado eran cada ocho fechas y se les denominaba por las ocho primeras letras del alfabeto.

Si la reforma del calendario Juliano fué buena, no era, sin embargo, justa con arreglo á la medida del tiempo.

El Papa Gregorio XIII decidió que el retraso de diez días que se observaba en el calendario Juliano se arreglara, para lo cual se pasó del 4 de Octubre al viernes 15 del mismo mes del año 582, con lo cual ya se puso en consonancia el calendario con las posiciones del sol.

ELOGIO DEL ALMANAQUE

Reflexiones de año nuevo.

El almanaque es el libro de la vida.

Uno de los primeros cuidados de la Humanidad, casi simultáneo al de procurarse habitación, vestido y alimento, fué el de pergeñar un calendario, algo así como un diario en que se llevase la cuenta de la existencia, con sus dos partidas de haber para las alegrías y de debe para los sufrimientos.

Lo primero que hace Robinson al quedar solo y abandonado en la isla desierta, fué el de ingeniarse un calendario para saber, sobre poco más ó menos, el día en que vivía y tener un hilo de fechas del que ensartar sus recuerdos favorables ó adversos.

Quitadle á la Humanidad el Almanaque, y perdida la noción del espacio y del tiempo, caminará ciega, como barco sin brújula, por el piélago de la vida.

Cada taco que se agota es un tomo del libro de nuestra propia historia, por entre cuyas fechas gozará de pasear nuestro pensamiento sus tristezas, como por un jardín solitario, cuyos árboles, ya muertos, fueron testigos de nuestras ilusiones.

Cada taco nuevo es un libro en blanco donde, día por día, irá trazando el Destino el balance de nuestro vivir y anotando en las casillas correspondientes nuestras ilusiones y nuestros desengaños.

Yo, al arrancar la primera hoja de un calendario, experimento una sensación de timidez y de misterioso desasosiego, parecida á la que debe experimentar el industrial al empezar la primera página de su nuevo libro de caja.

—¿Será este el tomo—se pregunta uno—en que habrá de anotarse la quiebra de mi existir?

Y así como en el reverso de sus hojas alternan los tristes cantares con los jocundos chascarrillos, en el anverso de sus fechas la mano misteriosa del

Destino va alternando alegrías y sufrimientos.

Hay, sin embargo, quienes en el libro de su vida, como en su calendario de pared, no tienen más que recetas de cocina; para otros, la existencia es una colección de jeroglíficos y charadas.

¡Desdichado de aquel para quien el libro de su vida es un almanaque con las hojas en blanco!

Cuando llegue á viejo y sus ojos ciegos no puedan leer más que en su propio corazón, y su pensamiento tardo se quede rezagado en los dominios del pasado, no tendrá el consuelo de reconstituir su vida porque le faltará la clave indispensable de los recuerdos.

Yo amo los almanaques porque ellos son el libro de todas las sabidurías en que la humanidad nueva escudriña su porvenir, y la humanidad vieja vive de su pasado.

¿No habéis notado que al desprenderse una hoja adelantada de un calendario de pared, parecía que con ella se caía al suelo un pedazo de vuestra vida y sentisteis invencible deseo de recogerla y volver á pegarla?

Por el contrario, al ver un calendario marcando fecha atrasada, ¿no habéis sentido el mismo invencible deseo de arrancar las hojas hasta dejarle en la fecha corriente?

Esto demuestra lo íntimamente ligada que á estos misteriosos libros de la medida del tiempo, siempre iguales y siempre varios, está nuestra existencia.

No se concibe casa sin calendario, como no se concibe barco sin brújula.

Amemos los almanaques, amemos los calendarios, porque son los libros de las fechas, y las fechas son el engarce de los recuerdos, y los recuerdos son la diadema de la vida.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.



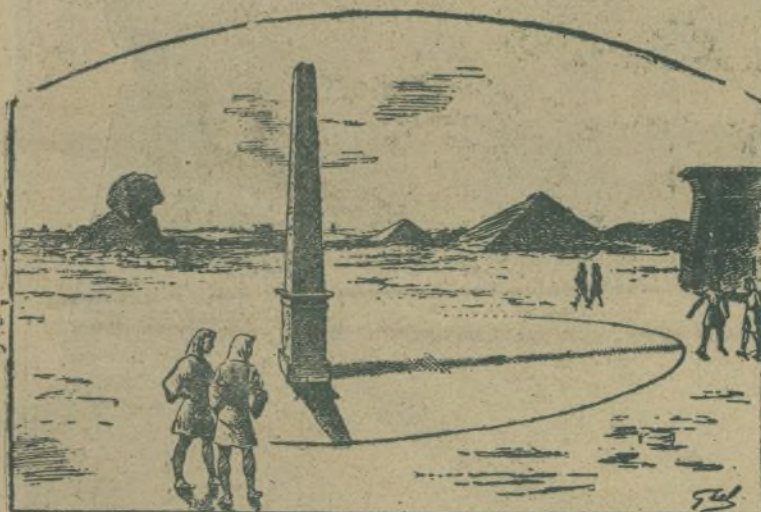
Las constelaciones y los signos del zodiaco.

Fijáronse que en los equinoccios la duración de la luz y la sombra eran sensiblemente iguales, advirtiendo la intermitencia de los crepúsculos.

El calendario egipcio es uno de los más antiguos. Se atribuye á Hermes tres mil qui-

cuánto duraba una revolución de la tierra sobre su eje. No obstante lo imperfecto del sistema, no puede negársele sagacidad extraordinaria.

El año griego comenzaba el 21 de Junio, es decir, el día en que el sol se encontraba más



Primitivo calendario de sol que usaban los egipcios.

nientos años antes de Jesucristo y constaba de trescientos sesenta días.

Servíanse de obeliscos, estudiando la marcha del sol por

alto sobre el horizonte. Como poníase de doce meses, de veintinueve ó treinta días, según el mes lunar.

Un geómetra griego, Meton,

NOVIEMBRE

- ☾ Cuarto menguante el 4. ☽ Luna nueva el 12.
☾ Cuarto creciente el 20. ☽ Luna llena el 27.

1 L	FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.	16 M	San Rufino.
2 M	La Conmemoración de fieles difuntos.	17 M	San Acisclo y Santa Victoria.
3 M	San Hilario.	18 J	San Máximo.
4 J	San Carlos Borromeo	19 V	Santa Isabel, reina de Hungría.
5 V	San Zacarías y Santa Isabel.	20 S	San Félix de Valois.
6 S	Stos. Severo y Leonardo.	21 D	La Presentación de Nuestra Señora.
7 D	San Florencio.	22 L	Santa Cecilia.
8 L	Santo Mauro.	23 M	San Clemente.
9 M	San Teodoro.	24 M	San Juan de la Cuesta y Santa Flora.
10 M	Stos. Trifón y Modesto.	25 J	Santa Catalina.
11 J	San Valentino.	26 V	San Alberto.
12 V	San Martín.	27 S	Stos. Facundo y Primitivo.
13 S	San Estanislao	28 D	Stos. Gregorio y Basilio.
14 D	Patrocinio de Nuestra Señora.	29 L	San Saturnino.
15 L	Stos. Eugenio y Leopoldo.	30 M	San Andrés y Santa Justina.



BOTÍN DE GUERRA

Detrás de un escuadrón de timbaleros, sobre un caballo con jaez de flores, marcha el jefe de aquellos vencedores cercado de un plantel de alabarderos.

Tras él va una legión de prisioneros compuesta de famosos campeadores, testigo de que son los triunfadores la flor entre la flor de los guerreros.

Luce el rey, paladín de paladines, un casco de ondulantes lambréquines que tiernos rozan la purpúrea capa.

y formada de exóticas banderas ciñe el bridón real á sus caderas una extraña y magnífica gualdrapa.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.

LEED EN 1909 LA SEMANA ILUSTRADA



Resurrección Quijano.

(Fot. Alfonso.)

DICIEMBRE

- ☉ Cuarto menguante el 4. ☉ Luna nueva el 12.
☾ Cuarto creciente el 19. ☾ Luna llena el 26.

1 M	San Eloy y Santa Natalia.	16 J	San Nicolás y Santa Alvina.
2 J	Santas Aurelia y Bibiana.	17 V	San Lázaro y Santa Vivina.
3 V	San Francisco.	18 S	Nuestra Señora de la Esperanza.
4 S	Santa Bárbara.	19 D	San Nemesio.
5 D	San Dalmacio.		
6 L	Stos. Emiliano y Nicolás.	20 L	San Macario.
7 M	San Ambrosio.	21 M	Santo Tomás.
8 M	LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN.	22 M	Stos. Demetrio y Zenón.
9 J	San Cipriano y Santa Leocadia.	23 J	San Sérvulo y Santa Victoria.
10 V	Nuestra Señora de Loreto.	24 V	San Delfín.
11 S	San Dámaso.	25 S	LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR.
12 D	San Sinesio.	26 D	San Esteban.
13 L	Santa Lucía.	27 L	San Máximo.
14 M	Stos. Nicasio y Pompeyo.	28 M	Los Santos Inocentes.
15 M	San Valeriano.	29 M	San David.
		30 J	San Sabino.
		31 V	San Silvestre.



MINIATURA

Hay un tapiz de atónitas figuras
cubriendo la pared, y hay una dama
de inquieto pecho que de amor se inflama
sentada en un diván de cien molduras.

Del lenguaje de amor las galanuras
dice el bardo, á la vez estopa y llama.
Afuera el aire desatado brama;
dentro, el amor es paz en las criaturas.

El bufón, que es de raza de malsines,
nace sonar, en locos volatines,
las locas campanillas de su arreo;

y del pulsar de los laúdes brota,
en el salón de baile, una gavota
que cubre con su son el discreto.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.